****

**La comunión de los Santos Con Cristo a la cabeza, todos formamos un solo cuerpo.**

De la misma manera que en un cuerpo natural la actividad de cada miembro repercute en beneficio de todo el conjunto, así también ocurre en el cuerpo espiritual que es la Iglesia: como todos los fieles forman un solo cuerpo, el bien producido por uno se comunica a los demás: «Cada uno somos miembros los unos de los otros» **(Rom 12, 5)**.  Por este motivo, entre las verdades de fe que transmitieron los apóstoles, se encuentra la de que en la Iglesia existe una **comunicación de bienes**, es lo que el símbolo quiere expresar con la **comunión de los santos**.

Entre todos los miembros de la Iglesia el principal es Cristo, que es la cabeza: «Lo puso por cabeza sobre toda la Iglesia, la cual es su cuerpo» **(Ef 1, 22-23)**. Por consiguiente, el bien producido por Cristo se comunica a todos los cristianos, como la energía de la cabeza a todos sus miembros. «Esta comunicación se lleva a cabo por medio de los sacramentos de la Iglesia, en los que opera la potencia de la pasión de Cristo, que actúa dando gracia para el perdón de los pecados» (Santo Tomás).

La comunión de los santos, por tanto, es comunión en las cosas santas y comunión entre las personas santas. Los discípulos «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones».  **Comunión en la fe, los sacramentos, los carismas, los bienes materiales y espirituales, en la caridad**. **Comunión con todos aquellos que han caminado por los caminos de la justicia y la verdad**. Cristo ha muerto por todos y juntos estamos llamados a compartir su gloria. **En el sacramento de la comunión; la Eucaristía, se anticipa la plena comunión en Cristo de todos los santos**.

**Un solo bautismo para la remisión de los pecados**

**El bautismo nos hace hijos adoptivos de Dios.**

En el bautismo, el que se ha adherido por la fe a Jesucristo, renace del agua y del Espíritu Santo a una vida nueva. «Quien no renazca de agua y Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios» **(Jn 3,5).**Conviene notar que, de la misma manera que sólo nacemos una vez, sólo una vez somos bautizados. Por ello confesamos: «reconocemos un solo bautismo para la remisión de los pecados».  Como enseña el Catecismo de la Iglesia católica «El Credo relaciona “el perdón de los pecados” con la profesión de fe en el Espíritu Santo. En efecto, Cristo resucitado confió a los apóstoles el poder de perdonar los pecados cuando les dio el Espíritu Santo».

Además de purificarnos de todos los pecados, el bautismo nos hace una nueva creación, hijos adoptivos de Dios, «partícipes de la naturaleza divina», miembros de Cristo, coherederos con él, templo del Espíritu de santidad, pues **nos sumerge en el misterio mismo de Dios**. Somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este admirable sacramento recibe su eficacia de la Pascua del Señor, de su muerte y resurrección. «Todos hemos sido bautizados  en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte» **(Rom 6,3)**. Morimos con Cristo al pecado para resucitar también con él a la vida nueva. «Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» **(1Co 12, 13)**.  La incorporación a la Iglesia, al cuerpo de Cristo, es una dimensión esencial de la gracia del bautismo, de la incorporación a Cristo. **Por la gracia del bautismo, el cristiano se capacita para vivir y obrar bajo la acción y los dones del Espíritu Santo.**

**La Resurrección de la carne Si Cristo resucitó nosotros estamos llamados a resucitar con él.**

El Espíritu Santo no sólo santifica las almas, resucitará también nuestros cuerpos. Si Cristo resucitó como el primogénito de entre los muertos, todos nosotros **estamos llamados también a resucitar con nuestro cuerpo, en nuestra condición de hombres únicos e irrepetibles**. Sin el cuerpo no hay persona humana. Por ello nuestra fe proclama la resurrección de la carne. «La carne, decía Tertuliano, es soporte de la salvación». Dios es el creador de la carne. La Palabra eterna se hizo carne. En su carne el pecado fue aniquilado y la muerte fue vencida. Por ello el cristiano cree «en la resurrección de la carne, perfección de la creación y de la redención de la carne». En efecto, Jesucristo, por su obediencia hasta la muerte en cruz, venció a la muerte y ofreció a todos los hombres la posibilidad de la salvación, de una vida sin ocaso.

En la resurrección Dios devolverá la vida incorruptible a nuestro cuerpo transformado. La resurrección de la carne llena de esperanza al creyente, libra del miedo a la muerte e induce a caminar en la verdad y santidad: **ante nosotros está el camino de la vida o de la muerte. Es preciso decidirse**.

Aunque no podamos imaginar la calidad del cuerpo resucitado, la fe, no obstante, afirma: la identidad del cuerpo resucitado se halla en continuidad con el que existimos en la historia y somos persona única e irrepetible, pero será de mejor calidad; tendrá la integridad que corresponde a la perfección del hombre. El cuerpo resucitado de los justos tendrá dotes como estas: claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza. La resurrección de la carne nos invita a vivir ya desde ahora en comunión con el Señor de la gloria, como la senda de una más plena realización de la dignidad humana.

**La vida eterna  Amen**

«El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia él y la entrada en la vida eterna».  La vida eterna, como dice santo Tomás, corona todos nuestros deseos. Pero, ¿en qué consiste la vida eterna? **Es la perfecta unión y comunión con Dios**. Él en persona es la meta de toda gracia y todo trabajo. Veremos, amaremos y alabaremos a Dios eternamente. El deseo más hondo del hombre será plenamente saciado, tendremos más de lo que podemos imaginar y pensar. El corazón inquieto del hombre encontrará paz y sosiego, felicidad plena.

Entonces el hombre perderá todos sus miedos y dudas. Tendrá plena seguridad, ya no temerá los males. La alegría será compartida con todos los bienaventurados. No habrá envidias ni rivalidades, Nuestra alegría crecerá con la alegría de los otros. Por ello estamos llamados a secundar la gracia de Dios a fin de evitar la muerte eterna, el «infierno». Por ello pedimos al Señor que jamás nos separemos de él, ya que creemos y confiamos en su misericordia y en su voluntad de que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad.

«El Credo, como el último libro de la Sagrada Escritura, se termina con la palabra hebrea amén».  Esta palabra pertenece a la misma raíz que la palabra creer. Con ella **proclamamos que Dios es fiel a sus promesas**. Con el amén, el creyente rubrica la confesión de fe que acaba de hacer. Jesucristo es el testigo fiel y veraz, el Amén **(cf. Ap 3, 14)**. «Así, por medio de él, decimos nuestro Amén a Dios, para gloria suya» **(2Cor 1, 20)**.  **El «Dios del amén» nos da la plena garantía de caminar hacia la vida y no hacia la muerte.**

**PRÁCTICA- Despréndete más y más de las cosas de la tierra. Prepárate con cuidado a la aparición sobre el escenario del más allá. ( El Y YO).**